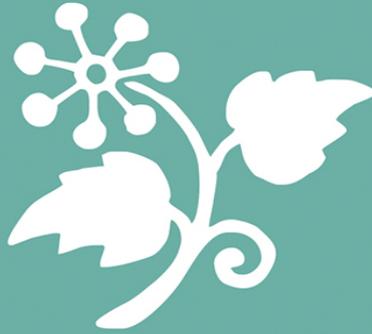


HENRI DE LUBAC



PARADOJA
Y MISTERIO
DE LA IGLESIA

Y

LA IGLESIA
EN LA CRISIS
ACTUAL



EN
CUENTRO

Obras de
Henri de Lubac

100XUNO

Henri de Lubac

Paradoja y misterio de la Iglesia

La Iglesia en la crisis actual

Traducción de Alfonso Ortiz, Eduardo González, SJ
Miguel Montes y Fernando Montesinos



Obras de Henri de Lubac

Comité científico:

Card. Luis F. Ladaria, SJ - Card. Ricardo Blázquez
Olegario González de Cardedal - Santiago del Cura (†)
Salvador Pié Santiago Madrigal, SJ - Ángel Cordovilla
Samuel Sueiro, CMF (coordinador)

Título de la edición original:

Paradoxe et Mystère de l'Église suivi de *L'Église dans la crise actuelle*.
Œuvres complètes IX

Traducción del original francés:

Alfonso Ortiz García (*Paradoja y misterio de la Iglesia*)

Eduardo González Alcalde, SJ (*La Iglesia en la crisis actual*)

Miguel Montes y Fernando Montesinos

Revisión del texto: Carlos Martínez Oliveras y Samuel Sueiro, CMFF

Revisión, actualización y adaptación de las referencias bibliográficas:

Samuel Sueiro, CMF

© de la edición original: Les Éditions du Cerf, 2010

24 rue des Tanneries 75013 Paris

www.editionsducerf.fr

© de la presente edición: Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022

© de la traducción: Alfonso Ortiz García; Eduardo González Alcalde, SJ;

Miguel Montes y Fernando Montesinos

Volumen publicado gracias a la financiación de Alfonso Pérez de Laborda

Esta obra ha sido publicada con la colaboración de la Fundación
Universitaria Española



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 98

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-111-3

ISBN EPUB: 978-84-1339-444-2

Depósito Legal: M-11966-2022

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[PRESENTACIÓN](#)

[NOTA PREVIA](#)

[PARADOJA Y MISTERIO DE LA IGLESIA \(1967\)](#)

[PRÓLOGO](#)

[I. PARADOJA Y MISTERIO DE LA IGLESIA](#)

[II. ¿CÓMO LA IGLESIA ES UN MISTERIO?](#)

[III. LA CONSTITUCIÓN *LUMEN GENTIUM* Y LOS PADRES DE LA IGLESIA](#)

[IV. LAS RELIGIONES HUMANAS SEGÚN LOS PADRES](#)

[APÉNDICE](#)

[V. PABLO VI, PEREGRINO DE JERUSALÉN](#)

[VI. UN TESTIGO DE CRISTO EN LA IGLESIA: HANS URS VON BALTHASAR](#)

[VII. ¿SANTIDAD DEL MAÑANA?](#)

[LA IGLESIA EN LA CRISIS ACTUAL \(1969\)](#)

[I. ETAPA DE AUTODESTRUCCIÓN](#)

[II. DOBLE IMPUGNACIÓN A LA IGLESIA](#)

[III. LA «CONTESTACIÓN» INTELECTUAL](#)

[IV. FALSAS INTERPRETACIONES DEL CONCILIO](#)

[V. JUVENTUD DE LA IGLESIA](#)

[VI. EL AMOR A JESUCRISTO](#)

[VII. LA UNIDAD CATÓLICA](#)

[LA ÚLTIMA PALABRA: ESPERANZA](#)

[ANEXO](#)

[I. EN TORNO A *CATOLICISMO*](#)

[PRESENTACIÓN](#)

[LAS RESPONSABILIDADES DOCTRINALES DE LOS CATÓLICOS EN EL MUNDO DE HOY \(1938\)](#)

[ACCIÓN CATÓLICA \(1943\)](#)

[CONTRA LA VANA IMPACIENCIA \(1946\)](#)

[II. EL CONCILIO](#)

[PRESENTACIÓN](#)

[CONCILIO, NUEVA PRIMAVERA DE LA IGLESIA \(1965\)](#)

[MIRADAS SOBRE EL CONCILIO \(1966\)](#)

EL SENTIDO DE *LUMEN GENTIUM* (1966)

III. EL MENSAJE DE TAIZÉ

PRESENTACIÓN

EL CATECISMO DE MAX THURIAN (1964)

DINÁMICA DE LO PROVISIONAL (1965)

LA PALABRA VIVA EN EL CONCILIO (1966)

IV. PABLO VI

PRESENTACIÓN

UNA GRAN ESPERANZA ACABA DE INVADIRME (1978)

PABLO VI VISTO A TRAVÉS DE LA ENCÍCLICA *ECCLESIAM SUAM* (1965)

V. RELACIONES CON LOS PAPAS

PRESENTACIÓN

BAJO PÍO XI Y PACELLI

EN LA COMISIÓN TEOLÓGICA PRECONCILIAR: UN GIRO FALLIDO (1960-1962)

ENCUENTROS CON MONS. KAROL WOJTYŁA 1963-1976

VI. HANS URS VON BALTHASAR

PRESENTACIÓN

HOMENAJE A HANS URS VON BALTHASAR (1975)

ANEXO

NOTA PREVIA A *CATHOLIQUE* (1975)

PRÓLOGO A *LA FOI DU CHRIST* (1968)

PRÓLOGO A *AU CŒUR DU MYSTÈRE RÉDEMPTEUR* (1980)

VII. HOMENAJE A JEAN DANIÉLOU

PRESENTACIÓN

EL PADRE DANIÉLOU: UN HOMBRE LIBRE Y EVANGÉLICO (1974)

VIII. GRECIA Y CRETA

PRESENTACIÓN

ACTUALIDAD DE LOS PADRES DE LA IGLESIA (1969)

ECUMENISMO (1969)

HUMANISMO ATEO Y FE CRISTIANA (1969)

IX. SAN IGNACIO DE LOYOLA

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO A *SAINT IGNACE DE LOYOLA ET LA GENÈSE DES EXERCICES* (1948)

X. KAROL WOJTYŁA

PRÓLOGO A MONS. KAROL WOJTYŁA

XI. PARADOJAS ESPIGADAS

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO

En el verano de 1960, el P. Henri de Lubac, sj recibió una carta inesperada. Venía firmada por el cardenal A. Ottaviani, prefecto del Santo Oficio, y en ella lo felicitaba por haber sido nombrado consultor de la Comisión Teológica preparatoria instituida por Juan xxiii. Su trabajo dentro de la Comisión consistiría en preparar las constituciones doctrinales que deberían ser propuestas para su discusión a los Padres del futuro concilio Vaticano II. La carta terminaba con una frase que, aun dentro de la diplomacia vaticana, sonaba a un sincero reconocimiento: «Esta elección demuestra, en efecto, la gran estima en que lo tiene la Santa Sede en materia teológica». No era intrascendente para quien hasta hacía poco había estado silenciado y apartado por haberlo considerado bajo sospecha dentro de una «peligrosa» *nouvelle theologie*.

Más allá de su trabajo en esta comisión en la que el jesuita francés reconoció haberse sentido «rehén y bien vigilado», todos los comentaristas coinciden en atribuir al P. de Lubac una influencia importante en los posteriores trabajos conciliares que dieron a luz los principales documentos. Buena prueba de ello es la escena que ahora describimos y que refleja la relación que el jesuita francés mantuvo con los papas que conoció. Tras crearlo cardenal de la Santa Iglesia Romana, en 1983 Juan Pablo II invitó a comer al P. de Lubac. En la comida se hallaba presente el cardenal J.-M. Lustiger, que relata el hecho que demuestra

la amistad y el aprecio mutuo entre el entonces arzobispo de Cracovia y el perito teológico durante los trabajos conciliares. El papa le recordó al jesuita el papel decisivo que había jugado en la redacción de algunos números de la *Gaudium et spes*, a lo que este respondió: «Yo no he hecho nada en el Concilio». El papa encontró divertida la respuesta y la recibió con una franca sonrisa ante la evidente humildad del neocardenal.

Al presentar estas páginas es preciso dejar constancia de la afinidad y la continuidad de la doctrina conciliar con la teología de Henri de Lubac en algunos temas fundamentales para la obra del Vaticano II. Nos referimos, principalmente, a la teología sobre el misterio de la Iglesia cristalizada en el lenguaje sacramental, unida a la declaración de la doctrina de la colegialidad episcopal, una mariología sobria dentro del misterio de la Iglesia, y un interés permanente por la causa ecuménica; la centralidad del misterio de Jesucristo en la teología de la revelación; la doctrina sobre la Iglesia en el mundo, focalizada fundamentalmente sobre el problema del ateísmo; finalmente, la tarea misionera universal del anuncio evangélico y la relación de la Iglesia con las religiones no cristianas desde los principios de la libertad religiosa.

Este volumen de las *Obras de Henri de Lubac* está estructurado en tres partes, fruto, precisamente, de su madurez posconciliar. La primera se cifra en el libro *Paradoja y misterio de la Iglesia* (1967), donde recoge en varios artículos una valoración de los temas centrales de la eclesiología conciliar vertida en la constitución *Lumen gentium*. La segunda es una obra de gran calado que expresa su preocupación por la cuestión eclesial: *La Iglesia en la crisis actual* (1969). La tercera parte está compuesta

por una variada serie de conferencias, prólogos y cartas de algún intercambio epistolar, entre ellos con el entonces arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyła, que destilan un trasfondo eclesiológico y una preocupación por la presencia de la Iglesia en el mundo.

La recopilación de artículos en *Paradoja y misterio de la Iglesia* vuelve sobre la noción de «misterio», tan central en el pensamiento del jesuita francés, ofreciendo una nueva profundización de orientación eminentemente eclesiológica en la estela de las intuiciones desarrolladas por el Vaticano II. Es precisamente a través de las *paradojas* de la Iglesia por donde podemos acceder al *misterio* de la Iglesia. Paradoja y misterio se articulan y se iluminan para poder profundizar en el misterio eclesial y, en definitiva, en el misterio de la encarnación de Jesucristo, Luz de los pueblos, que para los Padres es la cumbre de todas las paradojas: Παράδοξος παραδόξων.

Respecto a *La Iglesia en la crisis actual*, de cara a resaltar la actualidad de la lectura de sus páginas, parece conveniente advertir cómo el P. Henri de Lubac sufrió mucho durante el Concilio (y los años posteriores) ante la pugna entre dos fuerzas que él denominaba el «integrismo curial» y el «integrismo secularista». El primero, se habría empeñado en imponer un dogmatismo estrecho, obsesionado por responder a los errores contemporáneos. El segundo, surgido como reacción al primero, se deslizaría peligrosamente en la reducción del Evangelio a pura doctrina social. El libro trataría en una de sus secciones de denunciar las falsas interpretaciones del Concilio que podían deslizarse al promover un proceso de secularización que adultera el Evangelio y acaba por traicionarlo, convirtiendo en utopías sociales la búsqueda del reino de

Dios. Y, como respuesta a todo ello, H. de Lubac abogó por la centralidad de Jesucristo, la tradición y la unidad católica.

La tercera parte, propuesta a modo de miscelánea, esconde una gran riqueza por la variedad y profundidad de los contenidos presentados, a veces muy breves, pero muy significativos. Son de sumo interés los prólogos que escribió para los homenajes de H. U. von Balthasar y J. Daniélou o el capítulo dedicado a «Mi relación con los papas», donde H. de Lubac desgrana su amor a la Iglesia representada en la figura del sucesor de Pedro, recordando lo que ya escribió en *La Iglesia en la crisis actual*:

«Cuando el centro de la unidad es el blanco preferido de los ataques más apasionados, al creerse cada cristiano con derecho a lanzar al sucesor de Pedro ante el mundo entero, reproches altivos, la Iglesia, toda la Iglesia, queda herida en su corazón. Los que en el momento actual condescienden con tales excesos no saben lo que hacen».

El amor a los textos patrísticos del P. de Lubac y su interés por el ecumenismo atraviesa toda su obra, pero en este volumen tiene un exponente significativo en las conferencias que dio en su estancia en Tesalónica, Atenas y Creta, particularmente a algunos obispos ortodoxos, poniendo en valor la actualidad de los Padres y el rico caudal de herencia teológica que compartimos Oriente y Occidente.

Estas páginas siguen destilando fresca temática y profundidad teológica y ofrecen resonancias para las cuestiones presentes que, sesenta años después del Concilio, seguimos viviendo de alguna manera, si no en la forma, sí en el fondo. Por eso, como hemos visto, la teología de Henri de Lubac gira en torno a la revelación y al misterio de Jesucristo. De ahí, que no quisiéramos terminar

esta presentación sin mencionar un texto en que une la fuerza del cristocentrismo, la adecuada ubicación del misterio mariano entre Cristo y la Iglesia y el afecto hacia Pablo VI con la huella que le dejó el anuncio de la peregrinación a Tierra Santa que cita con tanta frecuencia:

«Eso es lo que expresa simbólicamente, en la misma Asamblea conciliar, el rito que se desarrolla diariamente al principio de cada sesión, cotidiano — felizmente reinstaurado, si bien todavía no plenamente— de la entronización del Evangelio. *Evangelium Christus est* [el Evangelio es Cristo]. Cristo, figurado en el Libro, preside desde su trono: toda luz viene de Él; de la misma manera que envió su Espíritu sobre los Apóstoles, así sigue comunicándolo aún a sus sucesores, y estos, reunidos a su alrededor, lo aclaman como a su único Señor. Lo mismo expresa también el título mismo de la Constitución, fruto mayor de este Concilio, texto central alrededor del cual giran los demás y en cuyo espíritu hay que comprender todos los otros: *Lumen gentium cum sit Christus...* [Por ser Cristo la luz de las gentes...]. Esto era lo que había expresado ya el gesto maravilloso de Pablo VI, peregrino de Jerusalén: la Iglesia entera, en su persona, como antiguamente en la persona de Honorio III, ‘pequeño y como aniquilado en la tierra’ en el mosaico de San Pablo Extramuros, iba a arrodillarse ante su Salvador y a besar las huellas de sus pasos. Y es, finalmente, lo que el Concilio ha querido recordar, una vez más, en el último capítulo de la Constitución, mostrándonos a la Virgen María, ‘en el misterio de Cristo y de la Iglesia’, exaltada por Dios y querida por el pueblo cristiano en la medida en que fue y sigue siendo *humilis ancilla Domini* [la humilde esclava del Señor]».

No cabe duda de que la riqueza y actualidad de estas páginas estriba en la profundización del *sensus Ecclesiae* [sentido eclesial] que nos ha legado un hombre que amó a la Iglesia a pesar de sus debilidades, un religioso que sufrió por la Iglesia en medio de sus vicisitudes históricas y un teólogo que fue capaz de profundizar en la tradición de la Iglesia y de su permanente esfuerzo por renovarse, «esfuerzo que debe hacer bajo el signo del Concilio»¹.

Card. RICARDO BLÁZQUEZ

PRESENTACIÓN

Henri de Lubac tenía una visión clara y profunda de lo que es el catolicismo y del modo en que debe ser vivido en función de las circunstancias propias de cada época y cada lugar. La concepción que tenía del mismo lo impulsaba a mantener un sutil equilibrio entre una serie de elementos que van desde lo más mundano a lo más sublime. Su obra combina los talentos del que percibe el cuadro en su conjunto con los del que es capaz de extraer el interés que ofrece el menor detalle.

Era un hombre dotado de una rara delicadeza. Discutía no tanto para vencer a su adversario cuanto para hacer progresar los motivos católicos de un compromiso, ya fuera terreno como trascendente. Trataba a sus interlocutores, fueran quienes fueran —laicos, cristianos o budistas—, con un gran respeto, más aún, con simpatía. Si en alguna ocasión algunos de ellos llegaban a ser adversarios en el plano intelectual, él se limitaba a condenar únicamente la unilateralidad de su visión, y no el aspecto de la verdad que ellos defendían. En muchos casos, hasta callaba el nombre de sus adversarios. Por ejemplo, cuando dimitió del comité de redacción de *Concilium* en 1965 por afán de honestidad intelectual, se limitó a indicar sus razones, pero sin citar nombre alguno. Lo que le interesaba no era enfrentarse con las personas, sino combatir la estrechez de sus consideraciones. Su modo principal de responder era entrar en acción. Hacia 1970, elaboró con otros el proyecto

de lanzar la revista internacional *Communio*, precisamente con el objetivo de aportar a la teología y al pensamiento católicos un equilibrio del que carecían².

Las dos obras principales contenidas en este volumen fueron escritas durante los años que van desde el momento en que H. de Lubac dimitió de *Concilium* a aquel en que se comprometió con la concepción de *Communio*. Cabe pensar con tanta ironía como tristeza que un lector que se contentara con tomar entre sus manos estas obras y recorrerlas rápidamente podría concluir que, después del concilio Vaticano II, H. de Lubac se había vuelto un conservador de espíritu estrecho. Él mismo era muy consciente de que podía ser víctima de este error de interpretación, pero también sabía que su visión y sus objetivos no tenían en absoluto nada de estrechos:

«Estas afirmaciones —lo sé bien— exponen a su autor a que se lo clasifique dentro de alguna categoría infamante. Se lo tratará de ‘conservador’, o de ‘reaccionario’, o de ‘integrista’, o simplemente de ‘desfasado’, de ‘irrecuperable’, como dicen algunos elegantemente. ¡Cómo se puede despojar a las palabras de su sentido o aplicarlas al revés! Posiblemente alguien preferirá situarlo entre esos ‘tradicionalistas’ que defienden una forma caducada de poder... No es menos cierto que todo el porvenir de la Iglesia, toda la fecundidad de su misión, todo lo que puede y debe dar al mundo depende hoy día de un despertar enérgico de la fe. Liberar la conciencia cristiana de un negativismo morboso, de una neurastenia que la roe, de un complejo de inferioridad que la paraliza, de una red de equívocos que la asfixia, es poner la condición esencial, no de una restauración inerte, sino de la renovación a la que aspira la Iglesia»³.

Si hacia finales de la década de 1960 se podía calificar a H. de Lubac de «conservador», era únicamente porque, en esta época, sus adversarios, a diferencia del pasado, eran «liberales». En las décadas de 1930, 1940 y 1950, se implicó frecuentemente en discusiones muy vivas con

teólogos que defendían un tomismo rigurosamente conservador. En este contexto, les pareció a muchos un «liberal», un «progresista» o un «innovador». H. de Lubac subrayaba la ironía que existe en el hecho de que los tomistas, a partir de Cayetano, fueran ellos mismos, en cierto modo, innovadores. Estos defendían un universo de dos niveles, estrictamente dividido en un orden natural y un orden sobrenatural, algo que no se encuentra ni en santo Tomás, ni en la magna tradición transmitida por él⁴.

H. de Lubac fue considerado, por tanto, como un innovador. Bajo este signo se volvió sospechoso ante Roma y, en los años que precedieron al Concilio, fue sancionado en el seno de su propia orden. En el Concilio mismo, su obra ejerció una influencia incontestada en varios documentos clave, entre ellos las constituciones *Dei Verbum*, *Gaudium et spes* y *Lumen gentium*. De este Concilio, que la obra de H. de Lubac había ayudado a suscitar, se dijo que constituía una revolución en la comprensión que la Iglesia tenía de sí misma y en su relación con el mundo moderno. H. de Lubac es una figura maestra porque hace evolucionar la teología católica del siglo xx, desde un enfoque estrecho y excesivamente restrictivo, hacia una visión nueva y una comprensión mucho más dilatada. ¿Cómo es posible que un hombre como este, cuando apenas habían pasado algunos años, hubiera podido dar la impresión de ser, por muy poco que fuera, un «conservador»?

Para clarificar las cosas, importa precisar, en primer lugar, que H. de Lubac nunca fue un simple «liberal». Lo que le interesaba era volver a conectar con la gran tradición del catolicismo. Durante los años que precedieron al Concilio su posición siguió siendo la misma: un

redescubrimiento auténtico de la tradición exige un compromiso con la sociedad. Los que intentaban preservar la tradición cercenándola del mundo social no hacían más que ahogarla. Para que el cristianismo encuentre la inspiración que lo haga avanzar por una nueva vía, es menester que esté en contacto directo con las realidades cotidianas de la gente. No se puede apoyar de día a los nazis y, después, por la noche, rezar oraciones cristianas⁵. El catolicismo es, en su misma esencia, una religión social y no puede practicarse de manera privada o individualista.

H. de Lubac invitaba a sus colegas teólogos a comprometerse con el mundo, a respetarlo, a dejarse instruir por él, pero no a ceder ante él. Sería más exacto calificarlo de «progresista tradicional» que de liberal. El objetivo que persiguió durante toda su vida fue transmitir una tradición viva y desactivar los obstáculos que esta podía encontrar en su camino. Para él, la tradición no se limitaba a un conjunto de escritos, de palabras y de creencias; era una manera de vivir en relación con Jesucristo, con los otros cristianos y, a través de Cristo, con todos los demás hombres.

H. de Lubac no compartía la visión liberal, que pretende que el mundo moderno representa el triunfo de la razón y la puerta de entrada hacia un progreso ilimitado. El mundo era a sus ojos fundamentalmente bueno en la medida en que ha sido creado por Dios, pero también muy ambiguo en la medida en que ha sido modelado por los hombres. Al entablar el diálogo con el mundo moderno perseguía varios objetivos. En primer lugar, como acabamos de decir, se daba cuenta de que la tradición viva no puede respirar sin este contacto. A continuación, y este es el punto más importante, constataba en sus contemporáneos la

necesidad de ser conducidos hacia Cristo. En tercer lugar, discernía en el mundo moderno la arena en la que un elevadísimo número de cristianos viven su vida, es decir, la arena en la que se desarrolla el drama cristiano del pecado y de la salvación. Estos temas se encuentran en el corazón de la constitución *Gaudium et spes*, un documento en el que tuvo mucha importancia la influencia de H. de Lubac, quizás únicamente superada por la de M.-D. Chenu.

En una nota biográfica sobre H. de Lubac, el cardenal Avery Dulles, teólogo jesuita, ha sabido situarlo bien con respecto a estas etiquetas de «liberal» y de «conservador»:

«Los términos ‘liberal’ y ‘conservador’ no son apropiados para describir a teólogos como H. de Lubac. Si se quiere emplearlos por encima de todo, debe decirse que H. de Lubac englobaba a los dos opuestos. Era liberal, porque luchaba contra toda concepción estrecha de la tradición católica —aunque fuera entre los discípulos de santo Tomás—. Buscaba rehabilitar a pensadores marginales... Tendía la mano al ateo Proudhon e intentaba tender puentes en dirección al budismo Amida... Sin embargo, en todas estas tentativas, permanecía inquebrantablemente atado a la tradición católica en su plenitud y en su pureza»⁶.

Este texto de A. Dulles plantea una cuestión delicada, del que el propio H. de Lubac hubiera apreciado la paradoja. Dulles no dice que no sea ni un liberal ni un conservador. De hecho, dice que, puesto que H. de Lubac es lo uno y lo otro, liberal y conservador a la vez, estos términos son inadecuados para designarlo. En cierto sentido, es liberal, pero, si se intenta definirlo por ello, erraremos en lo que es de verdad. Y la misma observación vale para el caso inverso. Nos las vemos con dos puntos opuestos que se mantienen en tensión, una tensión orientada hacia un hombre que trasciende fácilmente las etiquetas.

H. de Lubac escribió varios opúsculos sobre la paradoja y la fe cristiana. Esta necesidad de mantener en tensión

puntos opuestos, pero dinámicamente orientados hacia algo que los trasciende, constituye el punto estratégico de casi todas sus grandes obras, desde *Catolicismo y Sobrenatural* hasta el libro que abre el presente volumen, *Paradoja y misterio de la Iglesia*. A H. de Lubac le gustaba señalar que los Padres de la Iglesia, utilizando un método fundamentalmente simbólico, mantenían así proposiciones opuestas. Por ejemplo, sostenían, sin ver oposición en ello, que la Iglesia es a la vez esposa y prostituta. En cuanto a los teólogos medievales, mantenían también, por su parte, proposiciones opuestas usando un método fundamentalmente dialéctico. Podían plantear objeciones y su contrario, y concluir afirmando ambas cosas. Que la gracia, por ejemplo, es un don de Dios completamente gratuito, pero asimismo algo en lo que los hombres cooperan y que incluso llegan a merecer. H. de Lubac se tomaba a pecho personalmente ambos procedimientos, el simbólico y el dialéctico, y los combinaba en un método que se apoyaba en puntos opuestos mantenidos en tensión. *Paradoja y misterio de la Iglesia* recurre a esta aproximación típicamente «lubaciana». Los primeros capítulos de esta obra fueron redactados para un Congreso internacional de teología que se celebró en la Universidad de Notre Dame, en marzo de 1966. El libro reflejaba bien el contexto de mediados de la década de 1960, porque abordaba de inmediato los problemas del tiempo:

«Un viento de crítica amarga, universal y sin inteligencia, llega a veces a trastornar las cabezas y a pudrir los corazones. Un viento asolador, esterilizante, un viento destructor, hostil al soplo del Espíritu. Y entonces, cuando contemplo la faz humillada de mi madre, es cuando la amo más. Sin lanzarme a contracríticas, sabré demostrar que la amo bajo su forma de esclava. Y en el mismo momento en que algunos se hipnotizan ante los rasgos que les presentan un rostro envejecido, el amor me hará descubrir en ella con

mucha más verdad sus fuerzas ocultas, sus actividades silenciosas, que constituyen su perenne juventud, 'todas las grandes cosas que nacen en su corazón y que convertirán contagiosamente a la tierra'»⁷.

En respuesta a este «viento de crítica amarga», H. de Lubac ponía de relieve ciertos puntos fundamentales que no hubiera tenido necesidad de subrayar si sus oponentes hubieran sido verdaderos tomistas. Estos sabían bien, por ejemplo, que la Iglesia es un misterio que contiene una dimensión de lo que nos ha sido revelado en Cristo. Pero los nuevos oponentes a H. de Lubac parecían olvidar este punto crucial.

Además, introdujo en su obra un elemento relativamente nuevo insistiendo con todo su peso en los datos de fe esenciales para la Iglesia. Esta insistencia no constituye en absoluto un cambio en su pensamiento, sino que responde a una necesidad que no se presentaba antes. Aparte de este punto y de centrarse en los documentos del Vaticano II, la concepción y el contenido de *Paradoja y misterio de la Iglesia* forman parte de la mejor cosecha de H. de Lubac. En sentido horizontal, explora una gran cantidad de puntos de tensión que deben ser mantenidos juntos en la Iglesia posconciliar. ¡Qué paradoja nuestra Iglesia! Ahora bien, estos puntos de tensión se sitúan en el marco de un misterio más amplio que los trasciende. Dicho misterio es, en su principio y en su final, Cristo, y los cristianos no solo conocen (sin comprenderlo plenamente) este misterio de Cristo, sino que participan en él a través de la Iglesia⁸. Esta paradoja de una Iglesia que contiene en su seno al santo y al pecador, al audaz y al prudente, al liberal y al conservador, participa de este misterio que es la persona de Jesucristo. El tema no es ajeno a *Catolicismo* (1938), a *Sobrenatural* (1946) o a *Meditación sobre la Iglesia* (1953).

Ciertamente, en la obra lubaciana es posible señalar algunos elementos que se fueron desarrollando, pero ello no es óbice para que podamos decir, con una gran profundidad y a pesar de los cambios de las situaciones, que este hombre siguió siendo fundamentalmente el mismo⁹.

La segunda obra importante contenida en este volumen, *La Iglesia en la crisis actual*, tiene también su origen en una conferencia pronunciada en los Estados Unidos, esta vez en la Universidad de Saint Louis, el 29 de mayo de 1969. Desde el tiempo de las conferencias pronunciadas en la Universidad de Notre Dame en 1966 se habían producido muchos acontecimientos importantes: en 1968, los asesinatos de Martin Luther King y de Robert F. Kennedy; el famoso concierto de Woodstock y el grito primitivo que reclamaba sexo, drogas y *rock'n roll*. En todo el mundo, y de modo particular en Francia, se habían levantado protestas contra la guerra de Vietnam; asimismo en Francia había tenido lugar la rebelión estudiantil de la Universidad de Nanterre y altercados en la Sorbona; doce millones de trabajadores se habían puesto en huelga, y habían sido ocupadas varias fábricas. Henri de Lubac publicaba rara vez comentarios sobre tales acontecimientos, pero emitió juicios negativos al respecto en una serie de conferencias que pronunció a religiosas de clausura en la abadía Regina Laudis (Connecticut) en febrero de 1969¹⁰.

Su principal preocupación seguía siendo el estado de la Iglesia. Sobre ello fueron evolucionando más tarde sus juicios, pero sin diferir esencialmente del diagnóstico del «viento de crítica amarga» emitido en *Paradoja y misterio de la Iglesia*. En *La Iglesia en la crisis actual*, escribió:

«Es necesario observar —cada día tenemos nuevos ejemplos— una disposición amarga y vengativa decidida de antemano a no perdonar nada; una voluntad de denigración, una especie de agresividad que se ejerce a veces contra el pasado de la Iglesia y contra su actual existencia, contra el conjunto de sus fieles, contra todas las formas de su autoridad, contra todas sus estructuras, a veces sin distinguir las que se deben a las contingencias históricas y las que le son esenciales por ser de institución divina. En ciertos espíritus funciona un tamiz selectivo para rechazar todo lo que la Iglesia ha producido, durante los siglos, en favor de la humanidad, su acción civilizadora, su aportación al desarrollo de la personalidad humana»¹¹.

Estas obras ofrecen hasta cierto punto, tanto la una como la otra, un diagnóstico y una terapia, pero se puede decir que la primera va más en el sentido de la terapia, y la segunda en el del diagnóstico. Ahora bien, ¿cómo es posible que se proponga la terapia tres años antes que el diagnóstico? La respuesta se encuentra en la coherencia de la visión de H. de Lubac y en la claridad de su juicio. Ya desde 1965 y 1966 había percibido con claridad lo que pasaba. Fueron muchos los acontecimientos significativos que iban en el mismo sentido en los años que siguieron.

Ya antes del Concilio, Henri de Lubac era consciente de los elementos claves de la situación. Para él, la crisis afectaba a las raíces espirituales de la civilización occidental. Desarrolló el diagnóstico de Karl Barth, que hablaba del «hundimiento espiritual» que se había producido en Europa después de la Segunda Guerra Mundial¹². Hablando con jóvenes capellanes en Chantilly en 1959 o 1960, concluyó diciendo que había una «crisis de la fe» atestiguada «por una lenta pérdida de conciencia, por un desplazamiento del interés, incluso por una pérdida de gusto íntimo por la realidad sobrenatural, transformadora de todo el ser, traída por Cristo al mundo y extendida por la Iglesia»¹³. En *La Iglesia en la crisis actual* decía haber

tomado conciencia efectiva de que, por vez primera en la historia, este tipo de crisis había penetrado en la misma Iglesia. No se trataba, en primera instancia, de una crisis de la Iglesia, sino de una crisis de la civilización occidental, que había invadido la Iglesia. Uno de sus principales efectos era esa sensación de que era urgente y necesario poner absolutamente todo en cuestión. «Tradicición» se convirtió en una palabra repugnante. La sospecha se convirtió en la marca misma del dinamismo de la inteligencia. Todo dejó de ser sagrado. Cuando esta actitud causó estragos en Francia a finales del siglo XVIII, la Iglesia quedó excluida de todo rol público. Pero, en la crisis de la década de 1960, que era la que tenía delante H. de Lubac, se trataba de «viento de crítica amarga» que soplaba entre los católicos mismos, tal vez de forma más aguda entre los teólogos católicos que, so pretexto de fidelidad a la tradición y con violencia, volvían a poner en cuestión todas las cosas.

H. de Lubac no se mostraba hostil a una crítica, incluso profunda, de la Iglesia, cuando esta se hacía en nombre del amor. Pero lo que constataba era un ataque contra el fundamento mismo de la autoridad y de las estructuras de la Iglesia, así como contra los dogmas fundamentales del Símbolo de los Apóstoles. Toda su obra atestigua su confianza en los desarrollos de la doctrina y en el rol creador de la inspiración del Espíritu Santo en el seno de la vida intelectual católica. Con todo, el Espíritu no inspira movimientos tan radicales como los que pretenden superar a Cristo y a la Iglesia. En este sentido declaró a las religiosas de la abadía Regina Laudis:

«En el curso de los siglos surgen movimientos que dicen provenir del Espíritu Santo y que intentan ir, supuestamente, más lejos que Cristo mismo. Al final,

todo desemboca en el abandono de la fe cristiana, de Cristo mismo, so pretexto de ser fiel al movimiento del Espíritu. Lo que queda al final es una ilusión total, una depreciación, un envilecimiento»¹⁴.

Aunque habla del curso de los «siglos», Henri de Lubac no disimulaba que también estaba haciendo alusión a algunas evoluciones contemporáneas. Según él, ciertos teólogos, en vez de poner la tradición en contacto con las realidades sociales del momento, intentaban remodelarla para hacerla conforme a las tendencias modernas.

El núcleo inicial de *La Iglesia en la crisis actual* fue una conferencia que pronunció en Saint Louis en mayo de 1969. En ella declaraba públicamente muchas cosas que había dicho de manera más privada e informal en la abadía Regina Laudis. Más tarde, mostró inquietud por haberse expresado tal vez de una manera excesivamente brutal:

«Teniendo en cuenta el estado avanzado de la crisis, es posible que cometiera un error al publicar un texto tan breve y tan sumario, que adoptaba más bien un aire de manifiesto, en vez de cavar pacientemente un suelo tan a propósito para proyectar luz sobre él. Sin embargo, ¿cómo reaccionar eficazmente ante un estado de espíritu que se insinúa en todos los sectores del pensamiento, que cuestiona todo a la vez, por principio y en todos los órdenes, sin que nada sea verdaderamente estudiado y discutido?»¹⁵.

No era en absoluto un pesimista, sino un realista que, en raras ocasiones, dejaba que la franqueza estuviera por encima de la delicadeza. Las soluciones que proponía en *La Iglesia en la crisis actual* no eran en modo alguno medidas de represión, sino medidas inspiradas por la fe, la esperanza y el amor. Insistía en el amor a Cristo y en la preocupación por la unidad de la Iglesia. Una vez establecidos estos puntos, pueden tener lugar un cuestionamiento leal y un progreso auténtico.

En *Paradoja y misterio de la Iglesia* se situaba en un plano más intelectual. Esta vez suplicaba a los pensadores y a los teólogos católicos que recuperaran el sentido del misterio de la Iglesia. En su interpretación de la constitución *Lumen gentium* había algunos que parecían tender a saltarse el capítulo primero para ir directamente al segundo, a sobrevolar después el tercero para acabar en el cuarto y el quinto. Dicho con otras palabras, ciertos intérpretes se centraban hasta tal punto en la Iglesia como pueblo de Dios y cuerpo de laicos llamados a la santidad, que minimizaban o incluso ignoraban que la Iglesia es un misterio revelado por Dios y que su estructura es jerárquica. El propio H. de Lubac había trabajado toda su vida para conseguir que la jerarquía fuera menos rígida y se consagrara más al misterio de Cristo. Con todo, nunca había pensado en poner en cuestión su existencia, ni en contestar radicalmente su autoridad.

Su enfoque tenía también un valor psicológico. Aportaba una visión liberadora a los que eran presa de la trampa de las controversias entre liberales y conservadores. El misterio de la Iglesia no era monopolio de ninguno de los dos campos. Incluso cuando los conservadores se sirven, a veces, del término «misterio» para justificar una resistencia obstinada al cambio necesario, al final la palabra pierde su sabor y su sentido primigenio. «Misterio» designa, más que un fenómeno liberal-conservador, la realidad trascendente hecha accesible al mundo a través de Cristo y conservada en la Iglesia.

Henri de Lubac deseaba hacer admitir a sus lectores que las discusiones entre teólogos tocan a menudo puntos de tensión legítimos. Estos, incluso (o quizá, sobre todo) católicos, no han alcanzado todavía su último grado de

perfección intelectual. Todos tenemos necesidad de desplegar y de ensanchar nuestros puntos de vista. Las tensiones en el ámbito teológico germinan y crecen sobre la masa de las paradojas inherentes a la vida diaria en este mundo. Esto no es malsano. Hay cosas buenas en los conservadores y, también, entre los liberales. Sin embargo, todas estas luchas se insertan en una matriz de misterio. Encontramos el misterio en último extremo en Cristo, pero también a través de la mediación de la Iglesia que Cristo fundó y que el Espíritu sostiene. Tanto los conservadores como los liberales deben tener cuidado, en su mutuo intercambio de golpes, de no dar al mismo tiempo golpes al misterio mismo. H. de Lubac hacía notar, ya en los años preconciliares, que los conservadores guardaban tan estrechamente el misterio que este perdía su sabor. En los años que siguieron al Concilio, vio a los liberales atacando no solo a los conservadores, sino al misterio mismo de la Iglesia.

Paradoja y misterio de la Iglesia tuvo el efecto de lanzar una llamada urgente a la izquierda, para que englobara más a la Iglesia en el misterio de la Revelación, que trasciende todas las controversias terrenas; a largo plazo, este libro lanza una llamada para que todos abracen el misterio de Cristo a través de la Iglesia. El misterio, lejos de ser una posición desabrida y mitigada entre dos posiciones conflictivas, es la realidad que se sitúa infinitamente más allá del nivel de la paradoja. Precisamente hacia él se orientan todas las paradojas.

Según Henri de Lubac, ciertos teólogos católicos trataban de la Iglesia como simple institución humana que puede ser modelada o remodelada a voluntad de los hombres. Uno de los principales teólogos con el que H. de Lubac mantenía

divergencias era Hans Küng. Este refiere la observación que le hizo H. de Lubac a la salida de una conferencia que pronunció en París durante el concilio Vaticano II (el tema era la necesidad de veracidad en la Iglesia): «No se habla así de la Iglesia. Ella es, a pesar de todo, nuestra madre». Y Küng inserta una observación sobre los teólogos que tienen un complejo maternal¹⁶. H. de Lubac no respondió nada.

En *La Iglesia*, Küng intentaba purificar a la Iglesia de todo clericalismo o de todo triunfalismo, considerándola, ante todo, como un dinamismo carismático que tenía detrás una larga y agitada historia. A su modo de ver, era erróneo hablar de cualquier «esencia» de la Iglesia separada de sus manifestaciones históricas concretas. Semejante discurso era, para él, una manera de proteger a la Iglesia de las acciones, a menudo ambiguas y a veces atroces, que había cometido en la historia. Küng estimaba aún, en esta obra de juventud, que el misterio de la revelación se expresa por encima de todo en Jesucristo; en la Iglesia, en cambio, veía sobre todo una masa de seres humanos tambaleantes, que con frecuencia fracasan en el intento de vivir a la altura de la llamada de su maestro. Mientras que la constitución *Lumen gentium* describía a la Iglesia como la «semilla» del reino de Dios, Küng no veía en ella más que al «heraldo» de este reino. Mientras que la constitución misma afirmaba que la Iglesia era, como María, virgen y madre, Küng rechazaba estas palabras como esencialistas e idealizadas. Deseaba que la Iglesia confesara sus faltas.

Si me he detenido en Küng es porque representa, en lo que concierne a ciertas cuestiones críticas, la antítesis virtual del enfoque teológico defendido por H. de Lubac. Una diferencia clave estriba en la importancia que uno y otro otorgan respectivamente a la Iglesia en cuanto «madre

nuestra». Para Küng, este lenguaje está pasado de moda y hace las veces de pantalla para negar los crímenes más horrendos de nuestra historia. Los cristianos deben afrontar el hecho de que la Iglesia no es una madre, sino una institución que tiene fallos. Para H. de Lubac, poder llamar a la Iglesia «nuestra madre» abre una puerta sobre el misterio de nuestra fe. Escribe:

«¡Dichosos aquellos que han aprendido de su madre, desde la infancia, a mirar a la Iglesia como una madre! ¡Dichosos, más dichosos todavía, aquellos a los que la experiencia, en cualquiera de sus aspectos, ha confirmado en esta segunda mirada! ¡Dichosos aquellos que algún día se sintieron impresionados, y se sienten cada vez más, por esa inconcebible riqueza, por esa inimaginable profundidad de la vida comunicada por esta madre!»¹⁷.

Esta maternidad de la Iglesia seguirá siendo un tema crucial en H. de Lubac a lo largo de toda su vida. Gran parte del trabajo teológico de H. Küng apuntaba a hacer que los cristianos superaran un discurso pretendidamente esencialista sobre la Iglesia, con el fin de concentrarse en lo que significa verdaderamente ser discípulos de Jesús en este mundo; por su parte, el trabajo de H. de Lubac apuntaba, sobre todo, con el mismo objetivo, a revivificar las dimensiones esenciales de la Iglesia. Si se lo leía en la perspectiva de *Paradoja y misterio de la Iglesia*, Küng aparecería como alguien que sacrifica el misterio de la Iglesia para defender con fuerza un solo aspecto de su naturaleza paradójica. Por afán de honestidad intelectual, convierte a la Iglesia en una simple institución humana. Para H. de Lubac, por el contrario, semejante «honestidad» va acompañada desgraciadamente de una trágica estrechez de miras. Cree que se puede ser perfectamente honesto y suficientemente crítico sin atacar a la matriz misma de la fe.

El rechazo a llamar madre a la Iglesia equivale a cruzar el Rubicón. No deseo insistir más en la obra de Hans Küng, que, incontestablemente, ha aportado numerosas contribuciones científicas al pensamiento católico. El modo de proceder de H. de Lubac era emprenderla contra posturas y no contra personas, para cambiar la perspectiva.

Los textos más breves contenidos en este volumen atestiguan que H. de Lubac permanecerá inquebrantablemente atento al misterio de la Iglesia y siempre preocupado por pedir que la crítica de la Iglesia hecha desde dentro se haga siempre con un espíritu de caridad. En su artículo de 1943 sobre la *Acción Católica*, por ejemplo, lo vemos admitir las críticas justas e intentar situar las cosas en perspectiva. Sin embargo, sostiene que la inspiración que subyace en la Acción Católica está en armonía con la fe cristiana y la hace avanzar, y advierte a los críticos que tengan cuidado de que sus pullas no alcancen al cristianismo mismo¹⁸. De igual modo, el ensayo de 1946, *Contra la vana impaciencia* nos muestra a un Henri de Lubac receptivo a las críticas bienintencionadas a la Iglesia, pero no a la estrechez mental y a una unilateralidad que pone toda su esperanza en objetivos temporales y deja de lado los signos de vitalidad que existen sin lugar a dudas¹⁹. En el Prólogo que escribió en 1948 para la edición francesa del libro de Hugo Rahner, *Génesis y teología del libro de los Ejercicios*, expone su visión de la espiritualidad ignaciana, que no consiste en promover el individualismo, sino que, bien al contrario, mantiene siempre un acuerdo profundo entre el hecho de ser una persona espiritual y el hecho de ser miembro de la Iglesia.

Varios de estos textos breves editados aquí dan testimonio de la indefectible lealtad de H. de Lubac con respecto a las enseñanzas del Vaticano II, y de su incansable apoyo al papa Pablo VI. En su Introducción al volumen sobre *Lumen gentium* publicado en la colección «Unam Sanctam», opone lo que los herederos de Auguste Comte querrían oír decir a la Iglesia a lo que la Iglesia tiene que decir realmente de sí misma. Los discípulos ateos de Comte, como científicos que son, prefieren la Iglesia a Dios. Dios no es para ellos más que una ilusión, mientras que la Iglesia es un fenómeno sociológico y empírico fascinante. La Iglesia se presenta en la constitución *Lumen gentium* como un misterio que no sería nada sin la gracia de Cristo y la justificación de los seres humanos. Para los herederos de Comte, la Iglesia garantiza a sus miembros un servicio social, confiriéndoles una identidad y un punto de anclaje. En esta misma constitución, la Iglesia se presenta como el pueblo de Dios que camina hacia el Reino de Dios. La Iglesia manifiesta el Espíritu de Cristo y hace presente su imagen. La Iglesia es la esposa de Cristo que mantiene sus ojos y su corazón fijos en su Esposo.

Entre los demás textos breves presentados hay cuatro relacionados con Hans Urs von Balthasar, y en uno de ellos menciona a su colaboradora Adrienne von Speyr. En la obra de Balthasar era donde encontraba H. de Lubac la visión católica más perfecta del mundo que haya producido el siglo XX. Balthasar rivaliza incluso con H. de Lubac en la aptitud para criticar a la Iglesia sin atentar contra un amor infinitamente más profundo que las críticas. Balthasar no cerraba en modo alguno los ojos ante las aberraciones históricas que constituyen el lado oscuro de la historia de la Iglesia, pero descendía hasta lo más profundo del corazón